

to del rey Leopoldo; pero veo que Bonaparte trata los territorios como ha tratado á los representantes. Ayer violó la Asamblea y hoy viola la Bélgica. Me es igual, y esto es natural, porque os habeis juntado un extraño monton de pilletes. El de arriba está loco y los de abajo son estúpidos. Avisadme cuando sea hora y entre tanto dejadme dormir.

Efectivamente se durmió.

La misma aventura, con poca diferencia y casi al mismo tiempo, ocurrió á los generales Changarnier y Lamoriciere y á M. Baze.

Los agentes dejaron al general Changarnier en Mons. En este punto le hicieron bajar del tren y le dijeron:

—General, hemos llegado al sitio de vuestra residencia. Aquí ya os dejamos en libertad.

—Debo residir aquí y soy libre? Pues bien, buenas noches, les contestó Changarnier, y subiendo con ligereza en el tren en el momento en que partía, dejó á los dos esbirros con la boca abierta.

La policía dejó á Charras en Bruselas, pero no á Lamoriciere, que quisieron obligarle á salir inmediatamente para Colonia; pero el general, que padecía de reumatismo, que adquirió en Ham, les declaró que queria dormir en Bruselas.

—Pues bien, quedaos, le contestaron los agentes.

Le siguieron al hotel de Bellevue, pasaron con él la noche, costándole mucho trabajo conseguir que no durmiesen en su mismo cuarto. Al día siguiente le condujeron á Colonia, violando de este modo el territorio de Prusia, como violaron el de Bélgica.

El golpe de Estado fué más impudente aun con M. Baze. Le hicieron viajar con su mujer y con sus hijos con el nombre falso de Lassalle, haciéndole pasar por criado del agente de policía que le conducía. De este modo viajó hasta Aix-la-Chapelle.

Cuando llegaron allí á media noche, y en medio de la calle, los agentes le dejaron sin pasaporte, sin sus papeles y sin dinero á él y á su familia. M. Baze, indignado, se vió obligado á recurrir á amenazarles para que le acompañasen ante cualquier autoridad. Entraba probablemente en las diversiones de Bonaparte el que tratasen á un cuestor de la Asamblea como si fuese un vagabundo.

La noche del 7 de Enero el general Bedeau, que no debia partir hasta el día siguiente, se despertó al oír ruido de cer-

rojos. Se figuró que venian á sacar á M. Baze, su vecino de célula, y exclamó:

—Me alegro! Me alegro!

Todos los días los generales decían al cuestor:—Poco os detendrán aquí; esto es una fortaleza militar y os pondrán en libertad cualquier día, como á Roger del Norte.

El general Bedeau oyó en la fortaleza ruido inusitado, se levantó y llamó al general Lefló, su vecino de célula, con el que entablaba frecuentes diálogos militares poco satisfactorios para el golpe de Estado. Dicho general le contestó que tampoco sabia lo que significaba aquel ruido.

El general Bedeau se asomó á la ventana del calabozo, que caía al patio interior de la torre, y vió linternas que se movían en todas direcciones, carruajes enganchados y una compañía del 48.º de línea sobre las armas. Despues entró en el patio el general Changarnier, subió en uno de los carruajes y partió. Pocos instantes despues el coronel Charras hizo lo mismo, pero éste vió al general asomado á la ventana y le dijo:—Mons!

Creía ir deportado á Mons, y por eso el general Bedeau escogió al día siguiente ese sitio para su residencia, creyendo estar allí con Charras.

Luego entró en la célula Leopoldo Lehon, acompañado del comandante del fuerte; saludó á Bedeau, le expuso su misión y le dijo quién era. El general se limitó á contestarle:—Desterrarnos es una ilegalidad y una indignidad que añadís á las demás, pero de gentes como vosotros no se puede esperar otra cosa.

No le hicieron salir de la fortaleza hasta el día siguiente.

El agente de policía que tenia el encargo de escoltar al general Bedeau hasta Bélgica era uno de los que el 2 de Diciembre arrestaron á Cavaignac.

En el departamento del wagon que transportaba á Bélgica al general Bedeau iba una mujer que indudablemente era de la alta sociedad; llevaba consigo tres niños. Un criado con librea, que parecia alemán, tenia sobre las rodillas dos de los niños y les prodigaba toda clase de cuidados. Pero como estaba muy oscuro, y el general, lo mismo que los agentes, casi tenían tapada la cara con los abrigos, no se fijaron en el citado grupo. Cuando llegaron á Quievrain la viajera se volvió hácia Bedeau y le dijo:—General, os felicito, porque ya estais en seguridad.

El general la dió las gracias y la preguntó su nombre.

—Soy la baronesa Coppens.

Recordarán nuestros lectores que en casa de M. Coppens, calle Blanche, número 70, celebró la izquierda su primera reunion el día 2 de Diciembre.

—Teneis, señora, la dijo el general, niños preciosísimos y un excelente criado.

—Es mi esposo, le contestó la baronesa.

En efecto, M. Coppens permaneció durante cinco semanas encerrado en su casa en un escondrijo, y huía de Francia disfrazándose con una librea de sus criados, advirtiendo á los niños que no le descubriesen. La casualidad les hizo subir en el mismo wagon que al general Bedeau y á los guardianes de éste, y la señora Coppens, al verse ante los dos polizontes, pasó toda la noche sobresaltada, temiendo que alguno de los niños al despertarse saltara al cuello del criado diciéndole:—Papá.

## XVI.

Mirada retrospectiva.

**L**uis Bonaparte quiso probar la mayoría como se prueba un puente; la habia cargado de iniquidades, de usurpaciones, de enormidades; la hizo sufrir los atropellos de la plaza del Havre, las aclamaciones de ¡Viva el emperador!, la distribucion de dinero á las tropas, la venta por las calles de periódicos bonapartistas, la prohibicion de publicar periódicos republicanos y parlamentarios, las revistas de Satory y los discursos de Dijon: la mayoría lo resistió todo.

—Bien, dijo él; el golpe de Estado pasará por encima del puente.

Si se recuerdan los hechos, se verá que antes del 2 de Diciembre el golpe de Estado se verificaba en detalle, aquí y allá, un poco por todas partes, con bastante descaro, y la mayoría se sonreía con incredulidad. Los agentes de la fuerza pública atropellaban al representante Pascal Duprat y la derecha aplaudía. Maltrataban al representante Dain y arrestaban al representante Sartin y la derecha seguía aplaudiendo: una mañana, cuando todos los gonces estuvieron engrasados y ensayados y todos los hilos bien cogidos, se ejecutó bruscamente el golpe de Estado en masa; la mayoría cesó de reír, pero ya era tarde. No se

apercibió de que hacia ya tiempo de que, mientras se reía de la estrangulacion agena, le estaban poniendo tambien á ella la sogá al cuello.

Insistamos en esto, no para censurar el pasado, sino para esclarecer el porvenir. Muchos meses antes de ejecutarse el golpe de Estado estaba preparado ya. Llegó el día, sonó la hora, y la máquina, montada, solo necesitó ponerse en movimiento. Nada debia faltar y nada faltó. Lo que debia ser un abismo, si la mayoría hubiese cumplido su deber y comprendido la solidaridad que debia tener con la izquierda, no fué siquiera el salto de un arroyo. Los inviolables demolió la inviolabilidad. La mano de los gendarmes se iba acostumbrando á ponerse en el cuello de los representantes como én el cuello de los ladrones; la corbata de los hombres de Estado no se arrugó bajo la presión del puño de los esbirros, y pudo admirarse al vizconde Falloux embelesado de verse tratar como el ciudadano Sartin.

La mayoría llegó retrocediendo y aplaudiendo siempre á Bonaparte al hoyo en que éste la hizo caer.

## XVII.

La conducta de la izquierda.

**L**a conducta de la izquierda republicana fué memorable en la grave coyuntura del 2 de Diciembre.

La bandera de la ley estaba en tierra entre el barro de la traicion universal, bajo los piés de Bonaparte: la izquierda levantó esa bandera, lavándola el barro con su sangre; la desplegó, la agitó ante la vista del pueblo, y desde el 2 hasta el 5 de Diciembre tuvo á Bonaparte en jaque.

Un puñado de hombres, ciento veinte representantes del pueblo que se escaparon por casualidad de las garras de la policía, sumergidos en las tinieblas y en el silencio, sin oír el grito de la prensa libre que alimenta á los combatientes, sin generales, sin soldados, sin municiones, salieron á la calle y se opusieron resueltamente al golpe de Estado, empeñando la batalla con aquel crimen, que habia tomado precauciones, que estaba acorazado y armado hasta los dientes y cubierto por la espesura de sus bosques de bayonetas.

Tuvieron presencia de espíritu, que es la intrepidez eficaz; tuvieron, careciendo de todo, la improvisacion formidable del

deber, que jamás se acobarda. Sin ser dueños de ninguna imprenta, imprimieron lo que quisieron; carecieron de fusiles y de balas, y encontraron aquellos y fundieron éstas; fabricaron pólvora, y no pudiendo contar más que con los adokinés, de ellos hicieron brotar combatientes.

Pero es tal el poder del derecho, que durante cuatro días, los citados ciento veinte hombres, que solo tenían en su favor la bondad de la causa, hicieron contrapeso á un ejército de cien mil soldados, y hasta hubo momentos en que la balanza se inclinó á su parte. Gracias á su resistencia, que secundó la indignación de los corazones honrados, llegó una hora en que pareció posible y hasta seguro que saliese victoriosa la ley. El día 4 el golpe de Estado vaciló y se vió obligado, para triunfar, á apoyarse en el asesinato. Como hemos visto, Luis Napoleón se hubiese hundido si no hubiera recurrido á la matanza en los boulevares, si no hubiese salvado su perjurio refugiándose de un crimen en otro. Durante las horas de aquella lucha sin tregua y desigual, de día contra el ejército, de noche contra la policía, ni uno de los ciento veinte representantes faltó al llamamiento del deber, rehuyó el peligro ni retrocedió, colocando sus cabezas bajo la cuchilla y esperando que ésta cayese durante cuatro días.

Hoy día están en el cautiverio, en la deportación, en la expatriación y en el destierro; la cuchilla ha caído ya sobre todas sus cabezas.

Por mi parte no tengo otro mérito en aquella lucha que el de reunir en un pensamiento único el valor de todos; pero séame permitido hacer justicia aquí á los hombres con quienes serví para honra mia, durante tres años, la santa causa del progreso humano; séame permitido defender á la izquierda insultada, calumniada y desconocida, que estuvo siempre en la brecha sin descanso, sin retroceder ante la conspiración militar, como no había retrocedido ante la conspiración parlamentaria, y que, investida por el pueblo con el mandato de defenderle, le defendió hasta cuando él le abandonaba, le defendió en la tribuna con la palabra y en la calle con la espada.

Cuando el comité de resistencia redactó y votó el decreto de destitución de Bonaparte, acordó que todas las firmas de los representantes que quedaron libres se inscribieran al pie del decreto; enton-

ces realizó un acto atrevido, porque el comité sabía que aquello era una lista de proscripción que presentaba al golpe de Estado vencedor, y temió en su foro interno que algunos reclamasen ó le desmintiesen. En efecto, al día siguiente recibimos dos cartas, que eran dos quejas de dos representantes que se omitieron en la lista y que reclamaban el honor de ser incluidos en ella; estos dos representantes fueron Anglade y Pradié.

Desde el día 2 al día 5, los representantes de la izquierda y del comité de resistencia, perseguidos sin cesar, se vieron obligados á trasladarse para deliberar á veintisiete casas diferentes, desde su primera reunión de la calle Blanche hasta su última conferencia en la casa de Raimond.

No dormían, no comían; tomaban lo que encontraban, un vaso de agua, un pedazo de pan. La señora Laudrin nos obsequió con un caldo. La señora de Grevy con los restos de un pollo asado. La noche del día 3, Michel de Bourges se sentó en una silla y dijo:—Ya tengo cama. Los ancianos como Rouget y los enfermos como Boyssset asistían á nuestras sesiones, que las celebrábamos como de costumbre, como si nos reuniéramos en la Asamblea. En ella reinaba la calma habitual, en la que se destacaba la firmeza de las crisis supremas. Allí estaban Edgard Quinet con su elevada inteligencia, Noel Parfait con su vivacidad de espíritu, Ivan con su penetración vigorosa é inteligente y Labrousse con su elocuencia. En un rincón Pierre Lefranc, folletinista y cancionero, se sonreía al oír las graves y severas palabras de Dupont de Bussac. Allí brillaba el grupo de los oradores jóvenes de la izquierda, compuesto de Bancel, Versigny, Chantur, Sain, Deflotte, Durrieu, Dulac y Charmaule.

En las sesiones secretas del comité, Mardier de Montjau se manifestaba siempre firme y con corazón generoso; Deflotte, valeroso combatiente de la revolución; Carnot, correcto, frío, tranquilo, inquebrantable, y Julio Favre, elocuente, animoso y admirable. Michel de Bourges contestaba á todas las objeciones, devolvía golpe por golpe á los acontecimientos, paraba el peligro, el incidente, la ocasión, la necesidad.

Los miembros del comité de insurrección, los representantes que asistían á las reuniones no ignoraban que donde los cogiesen los matarían en seguida á bayonetazos; pero estaban serenos, con

esa serenidad profunda que nace de la satisfacción de la conciencia.

Los representantes y el comité estábamos á disposición de la casualidad. Más de una vez pudimos sorprendernos, y no lo hicieron, ya por tener ciertos escrúpulos los agentes de policía, ya porque éstos dudasen del resultado definitivo y temiesen apoderarse de vencedores posibles. El comisario de policía Vassal, que nos encontró el día 4 en la acera de la calle de Moulins, si hubiese querido nos hubiera arrestado. La persecución de la policía no era por esto menos encarnizada. Como ya describimos, se hubieran apoderado de nosotros en casa de Marie si tardamos diez minutos más en salir de allí.

Entre los representantes había algunos que fueron constituyentes, como Bastide, que en 1848 fué ministro de Negocios extranjeros. En la segunda reunión nocturna que celebramos en la calle Popincourt le reprocharon alguno de sus actos.—“Dejadme primero presentar mi pecho en las barricadas, que después ya me reprochareis lo que queráis; ¿por qué desconfiáis de mí, que soy republicano hasta la médula de los huesos?” Bastide no quería que se llamara insurrección nuestra resistencia, sino contra-insurrección, y exclamaba:—Victor Hugo dice bien; aquí el insurrecto es el Eliseo.

Sostenía la idea, como ya saben nuestros lectores, de que era conveniente precipitar la batalla, y Bastide apoyaba mi pensamiento; en el combate fué impasible, frío y alegre.

Cuando las barricadas estuvieron hechas, los representantes republicanos se distribuyeron en ellas para defenderlas. Baudin murió en la primera barricada y Dionisio Dessoubs en la última. Después de perder la batalla, no hubo salvase el que pueda, ni derrota, ni fuga. Todos los sublevados permanecieron ocultos en París, dispuestos á salir otra vez á pelear; Michel en la calle de Alger y yo en la calle de Navarin. El comité celebró aun sesión el sábado 6, á las once de la noche, cuya noche nos vimos Julio Favre, Michel de Bourges y yo en casa de una mujer generosa y valiente.

Esperábamos el día 9 un movimiento que no se realizó, porque el golpe del día 4 había aterrado á París. La población no se sublevó ya, pero los representantes decidieron no abandonar la Francia, á pesar de los peligros que cor-

rian, hasta algunos días después, que vieron que la última chispa de resistencia se apagó en el corazón del pueblo.

Algunos representantes eran obreros y siguieron siendo obreros en el destierro. Nadaud volvió á empuñar la paleta y fué albañil en Londres, Faure cuchillero y Bausept zapatero. Greppo era tejedor y en la proscripción tejió el vestido de la reina Victoria llevaba el día de su coronación. Parfait era corrector de imprenta en Bruselas y Perdignier carpintero en Anvers. Ayer estos hombres se sentaban en la Asamblea soberana. Se ven casos semejantes en los hombres de Plutarco.

El elocuente proscrito Emilio Deschanal creó en Bruselas, con el raro talento de su palabra, la nueva forma de la enseñanza pública, esto es, las conferencias.

A él pertenece el honor de fundación tan fecunda y tan útil.

Debemos decir, para terminar, que la Asamblea legislativa nacional vivió mal y murió bien en el momento de la caída; la derecha fué digna y la izquierda grande. No se había visto aun en la historia caer de ese modo un Parlamento.

Bonaparte, el otro, el primero, el verdadero, hizo que saltasen por las ventanas de Saint-Cloud á los quinientos, para cuya operación les embarazaban sus grandes mantos.

Cromwell, el más antiguo de los Bonapartes, al realizar su 18 Brumario, no encontró más resistencia que algunas imprecaciones de Milton y de Ludlow, y pudo decir en su grosero lenguaje: *He metido al rey en mi saco y al Parlamento en mi bolsillo.*

Es necesario remontarse hasta el Senado romano para encontrar verdaderas sillas curules.

La legislativa, repitámoslo para honra suya, guardó actitud digna ante el abismo. La historia lo consignará. Después de haber cometido tantos crímenes, tantas traiciones, podía temerse que acabara por hacerse traición á sí misma; pero no fué así. La Asamblea había cometido grandes faltas; su mayoría realista persiguió con odio á la minoría republicana, que cumplía su deber denunciándola al pueblo; la Asamblea tuvo larga cohabitación y fatal complicidad con el hombre del golpe de Estado, que acabó por extrangularla, como el ladrón que extrangula á su concubina luchando con ella; pero la Asamblea no tuvo el desvanecimiento miserable

que Luis Bonaparte esperaba; no fué cobarde.

Esto se debió á que dimanaba del sufragio universal, y esta circunstancia debe servir de enseñanza á los pueblos. La virtud del sufragio universal que la engendró, y que ella quiso matar, la hizo brillante en su última hora. La sávia de todo un pueblo no se derrama en vano en una Asamblea, por caduca que sea. Llega el dia supremo y reaparece esta sávia.

Gracias al sufragio universal, al que habia hecho traicion y que constituyó su fé y su fuerza en sus últimos momentos; gracias á la izquierda, que la derecha oprimió, insultó y calumnió; gracias á la izquierda, repetimos, que proyectó sobre aquella el reflejo glorioso de su heroismo, la raquítica Asamblea consiguió tener una muerte grandiosa.

### XVIII.

Página escrita en Bruselas.

**D**aré un puntapié en la puerta del palacio y entraré contigo, historia. Cogeré por el cuello á todos aquellos culpables en flagrante delito de todos los atentados, é iluminaré aquel antro de la noche bruscamente con la luz clarísima de la verdad.

Arrancaré la cortina, abriré la ventana, enseñaré á todos, para que vean lo infame, lo horrible, lo triunfante, lo dorado y lo manchado que es el Eliseo, la corte, el grupo, el monton, la chusma en donde se arrastran y bullen, se aparean y fecundan todas las torpezas, todas las indignidades, todas las abominaciones; filibusteros, juradores en falso, facedores de signos de cruz, espías, estafadores; verdugos que allí se encuentran, desde el católico *condottieri* que vende su espada, hasta el jesuita que subasta á su Dios. Es una sentina en la cual Baroche se codea con Teste, en la que cada uno aporta sus suciedades, Magnan sus charreteras, Montalembert su religion, Dupin su persona; donde se encuentra el círculo familiar, el consejo privado, la caverna íntima; en donde beben, comen, rien, duermen, juegan, engañan y se revuelcan. El deshonor, la torpeza, la vergüenza y el oprobio están allí. La historia debe marcar con un hierro candente á aquellos hombres.

Allí se divierten, se embriagan y se burlan de Francia; allí se embolsan, riendo á carcajadas, millones de luises y

millones de votos, y están locos de alegría porque han tratado á la ley como á una prostituta. Son felices porque han degollado al derecho, han amordazado á la libertad, han deshonrado la bandera y pisan al pueblo bajo sus piés. ¿Quiénes y qué son esos hombres? La Europa no lo sabe. Una mañana se les ha visto salir de un crimen y nada más. Un monton de pícaros que deseaban ser célebres y que han continuado siendo anónimos. Examinadles con atencion y ved si les podeis conocer. ¿A qué sexo pertenecen y á qué especie?

Ellos se llaman á sí mismos hombres nuevos, y efectivamente, son hombres inesperados, extraños y monstruosos. Su novedad la componen el perjurio, la iniquidad, el robo y el asesinato erigidos en departamentos ministeriales; la estafa aplicada al sufragio universal, el gobierno aplicado al fraude.

Han triunfado, tienen el viento de popa y están contentísimos; han escamoteado la Francia y se la reparten. La Francia es un saco y meten en él la mano. Uno toma dinero, otro destinos, éste cordones para el cuello, aquellos plumas para el sombrero, los demás bordados para las mangas, quién mujeres, quién poder; unos noticias interesantes para la Bolsa y otros para ferro-carriles. Ya pueden estar contentos! Figuraos que hay entre ellos un pobre diablo que hace tres años pedia medio franco prestado á un portero, y que hoy, apoyado por el *Monitor*, solo tiene que firmar un decreto para apoderarse de un millon. Su política consiste en devorar las rentas del Estado y en vivir á expensas del Tesoro público; la ambicion en ellos es glotonería.

No son ambiciosos, son glotones, porque para ellos gobernar es gozar. Esto no impide que se hagan traicion los unos á los otros; al contrario, viven espíandose, y los pequeños traidores hacen traicion á los grandes. Petri mira de reojo á Maupas y Maupas á Carlier. Tabuco repugnante que ha hecho comun el golpe de Estado. Allí no hay seguridad en nada, ni en las miradas, ni en las sonrisas, ni en los hombres, ni en las mujeres, ni en el lacayo, ni en el príncipe, ni en las palabras de honor. Como todos son fraudulentos, cada uno es sospechoso, porque cada uno alienta intenciones secretas. Nadie dice el crimen que intenta cometer, ni nadie lleva el nombre de su padre. Si Dios me dá vida y Jesús me perdona, levantaré una cruz de la



CANROBERT.

MONTALEMBERT.

altura de cien codos, y con clavos y martillo crucificaré en ella á Beauharnais, falsamente llamado Bonaparte, entre Leroy, llamado Saint-Arnaud, y Fialin, llamado Persigny.

Tras ellos arrastraré á todos sus cómplices, á Morny, á Romieux, al senador judío Fould, á Delangle, llevando sobre la espalda esta inscripcion: LA JUSTICIA!, y á Troplong, legista glorificador de la violacion de las leyes, juriconsulto, apologista del golpe de Estado, magistrado elogiador del perjurio, juez panegirista del asesinato, que pasará á la posteridad llevando en la mano una esponja empapada de fango y de sangre. Empeño, pues, el combate. Con quién? Con el dominador actual de Europa. Es útil ofrecer al mundo este espectáculo. Luis Bonaparte representa el éxito, el triunfo embriagado, el despotismo alegre y feroz desvanecido con su victoria; la plenitud loca del poder buscando límites y no encontrándolos ni en las cosas ni en los hombres. Luis Bonaparte tiene en su poder á la Francia, y el que posee á la Francia posee todo el mundo. El es dueño de los votos, de las conciencias y del pueblo; nombra á su sucesor, dispone de los escrutinios futuros y de la eternidad, metiendo el porvenir en un pliego cerrado; le lamen los talones el Senado, el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado; maneja despóticamente á los cardenales y los obispos; pisotea á la justicia, que le maldice, y á los jueces, que le adoran; treinta correspondencias informan al continente de que ha fruncido las cejas, y todos los telégrafos eléctricos se estremecen si levanta el dedo meñique; se oye á su alrededor el choque de los sables y el redoble de los tambores; se sienta á la sombra del águila, en medio de las bayonetas y de las ciudadelas; los pueblos libres tiemblan y ocultan sus libertades, temerosos de que se las robe; hasta la República americana misma vacila ante él y no se atreve á retirarle su embajador; los reyes rodeados de ejércitos le miran sonriendo, pero con espanto interior. ¿Por dónde empezará? Por la Bélgica? Por la Suiza? ¿Por el Piamonte? La Europa espera ser invadida. Él todo lo puede y se atreve á todo.

Pues bien; á ese déspota, á ese señor, á ese emperador, á ese todopoderoso, un hombre solo, errante, arruinado y proscrito, se dirige á él y lo ataca. Luis Napoleon tiene diez mil cañones y quinientos mil soldados; el escritor solo

cuenta con la pluma y con el tintero. El escritor no es nada, es un grano de arena, es una sombra, es un desterrado sin asilo, es un vagabundo sin pasaporte; pero lleva á su lado y combaten con él dos irresistibles potencias: el derecho, que es invencible, y la verdad, que es inmortal.

Para esta lucha sin cuartel, para este duelo terrible, la Providencia hubiera podido escoger un campeon más ilustre y un atleta de más fuerza; pero los hombres nada significan cuando es la idea la que combate. Insistimos en que es conveniente que el mundo presencie este espectáculo y que vea que resiste al coloso de la fuerza el átomo de la inteligencia.

No tengo en mi honda más que una sola piedra, pero temible, porque esta piedra es la justicia, y ataco á Luis Bonaparte ahora que está de pié y es vencedor y casi árbitro del mundo; le ataco ante la humanidad, ante Dios, y por amor al pueblo y á la Francia. Vá á ser emperador; que lo sea: quiero que sepa Luis Bonaparte que puede apoderarse de un imperio, pero no de una conciencia.

## XIX.

### Bendicion infallible.

El Papa aprobó el golpe de Estado. Cuando el correo llegó á Roma y le participó el acontecimiento del 2 de Diciembre, el Papa fué á presenciar una revista que pasaba el general Gemean y le rogó que felicitase de su parte al príncipe Luis Napoleon.

De semejante suceso se encuentra en la historia otro precedente.

El 12 de Diciembre de 1572, Saint-Goard, embajador del rey Carlos IX de Francia cerca del rey de España Felipe II, escribia desde Madrid á su rey y señor Carlos IX:—"La noticia de los acontecimientos de Saint-Barthelémy ha llegado al rey católico y ha demostrado, contra su natural costumbre, tanta alegría como no la ha tenido nunca al recibir la noticia de sus mayores triunfos. Fuí á verle el domingo por la mañana á San Jerónimo, y al llegar cerca de él se echó á reir, y con demostraciones de placer y de contento elogió á Vuestra Majestad." (1)

(1) Archivos de la casa d' Orange, suplemento, p. 125.